

Cuentiembre - Rwddael Argonar

Rwddael Argonar



Image not found.

Capítulo 1

Miedo día

Y por fin sintió lo que le tenía así, pudo darse cuenta que la pérdida de interés en las cosas, las personas, inclusive sus proyectos personales, eran el resultado de sentirse una mala persona. No era su nueva condición de familia recién formada, sino la resaca de haber trastocado el amor, de haber sido mala persona con aquellos que se suponía que quería sinceramente.

No solamente perdió el interés, sino bastante peso, inclusive le resultaba muy complicado soñar. Comenzó a temer por su vida, le parecía que todas las enfermedades que conocía le asediaban y somatizaba sus síntomas. Un día se sorprendió rezando en medio de un ataque de ansiedad, se dio cuenta de que Dios no era más que la materialización del miedo que tienen los humanos a perecer sin propósito, sin verdadero amor.

Capítulo 2

Haiku

Canto y verbo
La ilusión un claustro
Demonio-Cuervo

Capítulo 3

Ofrenda de un Día de Muertos

Es triste que cada año tenga más razones y más motivos para poner una ofrenda más grande; cada vez más fotos, más platillos y más artilugios. Nunca habían sido tantos los muertos ni tanto el dolor.

Las viejas sonrisas de los abuelos ya no se tuercen en esa extraña mueca, las arrugadas y tibias manos de las abuelas ya no están para sostener mi alma. He perdido mi ancestral protección.

En la *Casa Blanca* ya no encuentro el olor a piloncillo de la alacena, la han vaciado el olvido y la poca reverencia que tienen esos que no se fijan en los detalles más fundamentales.

La *Casa Ancestral* está fría y el aire viciado no transporta sonido alguno, la rueda que siempre giraba no ha dejado ni un indicio, ni un solo eco. Tan descomunal es el vacío que no deja espacio siquiera para las cucarachas y los ratones con los que tenía que combatir en el verano, hasta nuestros jurados enemigos guardan respetuoso luto.

Entre el humo se disipan esas imágenes, con ellas mis miedos y la angustia. Copal, flores y canciones nos quedan, copal, flores y canciones les dejo.

Capítulo 4

Tacos tumbros

Se acostumbró demasiado a la gente que le rodeaba, los puentes que se habían tendido por amor ahora estaban suspendidos por una cotidiana inercia. Ya no era una relación sino una simbiosis, sus deseos se habían vuelto sus ansias de complacer a los demás y los demás habían convertido es suyas sus ideas. La inercia de vivir es muy cabrona, la inercia de la vida una vez que te atrapa te conserva hasta que te marchitas; se vale de todo tipo de engaños e ilusiones complacientes.

Al final, no se hace nada de lo que realmente se quiere, sino que se acaba haciendo algo que ya de antemano se había preparado.

Capítulo 5

Sus majestades y sus aves

Había una vez hace mucho tiempo y en un lugar muy remoto dos pequeños príncipes gemelos que estaban destinados a heredar el reino de su madre. Ser un buen monarca requiere mucha preparación, por eso, casi desde que empezaron a andar fueron instruidos en todas las ciencias y las artes necesarias para ser buenos gobernantes. Los niños aprendían rápido y sus profesores les miraban complacidos por su empeño y dedicación y sus súbditos exclamaban "¡qué buenos serán nuestros futuros soberanos!"

Mas no todo era formación, cuando terminaban sus deberes los príncipes se entregaban a su pasatiempo favorito: las aves. Recorrían los jardines del palacio y trepaban sus atalayas -con suma angustia de su madre- solamente para observar y escuchar el canto de cuanto pájaro se acercara lo suficiente a sus sentidos. Juntos llevaban una bitácora donde dibujaban desde el pequeño colibrí hasta el gigante albatros, la colorida guacamaya y el sobrio cuervo. Las aves eran su dicha, sus alas su libertad, sus cantos su más dulce polifonía. En fin, eran el lazo que los mantenía conectados.

Pocos años pasaron y ya no había profesor, sabio o artesano en el reino que pudiese enseñar nada más a los nobles infantes, por eso su madre - sintiendo que no le quedaba ya demasiado tiempo- decidió enviarlos por separado a los confines vecinos para que terminaran de educarse. Fue así que a uno le envió al Levante, un calcinante y arcilloso desierto donde vivían los ilustres nómadas; y al otro le envió al Poniente, que era otro desierto pero blanco y helado, donde moraban los sabios de las cavernas congeladas.

El reino estuvo como dormido por la ausencia de sus príncipes, pero cuando se enteraron de su regreso prepararon una gran fiesta a la que todos los habitantes y sus vecinos fueron invitados. Para cuando volvieron, los gemelos ya eran unos muchachos, sus cuerpos se habían torneado y ya algunas barbas y bigotes se asomaban en sus apuestos rostros. Llegaron el mismo día y fue así que los hermanos se encontraron en el umbral, con ojos llorosos se abrazaron y cuando entraron por la calzada principal de la ciudad, todo el mundo estalló en hurras y aplausos, risas y alabanzas, hubo fanfarrias y miles de pétalos de flores revolotearon. Ambos sintieron un alivio tremendo de ver al hogar, ambos se deshicieron en lágrimas cuando vieron a su ya envejecida madre. Habían extrañado a su gente y a su patria, a su tierna madre, sin embargo, lo que más extrañaron en estos años fueron sus aves.

Fue un largo tiempo el que los hermanos pasaron lejos de las aves, el viento del desierto había borrado esa dulce música y los persistentes

colores, el rojo y el blanco, habían hecho olvidar todos los demás que los pájaros cargaban en sus plumajes. El retorno prometía iluminar sus sentidos una vez más, pero pronto comprendieron que con su ausencia no solamente la alegría había abandonado el reino, sino también lo hicieron todas las criaturas emplumadas.

En medio del barullo de la bienvenida, los gemelos con horror descubrieron que no había ni un solo gorjeo, siquiera un trino, el cielo estaba vacío, solamente las nubes zurcaban lentas el gran azul. La tristeza llenó sus corazones y comprendieron que no podrían reinar sobre ese país ahora desalmado y descolorido.

Uno planea recuperar las aves capturándolas en una exquisita jaula de oro y el otro con una hermosa y serena fuente.